

—¡**L**a chingada, me duelen las heridas! —se quejó el Coyote con desesperación, pero nadie le respondió.

Sin poder levantarse, aturdido por la vigilia, había fumado varios cigarros durante esa madrugada. Encendió con dificultad e impaciencia el último que le quedaba. La llama del fósforo iluminó su rostro demacrado. Afuera se oían ladridos de perros y el gotear del agua sobre las baldosas del patio. Llovió toda la noche anterior y el cielo seguía encapotado. El hombre —muy joven— tiró la colilla al piso con algún esfuerzo e intentó incorporarse en el camastro. Quería ponerse de pie y caminar. Sudaba profusamente y sin haber logrado sentarse por completo, bastante débil, volvió a caer sobre el colchón, vencido por su propio peso.

—Son las seis de la mañana —advirtió casi a murmullos la Canuca, quien en ese momento entró a la habitación y se sentó en una mecedora frente a la ventana clausurada. La mitad de su cuerpo quedó bajo las sombras pesadas que, de inmediato, parecieron borrarle una pierna y la mitad del rostro.

La muchacha empezó a balancear la silla muy despacio. Un chirrido inoportuno llenó intermitentemente la habitación y ella pensó, al no haber obtenido respuesta, que a lo mejor el otro habría por fin logrado dormirse y no debía despertarlo.

Se encontraban en una casa de barrio marginal. Las paredes de adobe, pintadas sin esmero, eran bastante altas. Unas vigas de madera, vieja y carcomida, cruzaban las habitaciones formando el entramado que sostenía el techo de láminas. El piso era de ladrillos de barro.

—¿Y a mí qué...? —dijo el Coyote de repente con voz lejana y agresiva—. Me da igual la hora —agregó luego de una pausa y de toser como si algo le hubiera impedido hablar, atenazándole las palabras.

—Mejor dormí. Me costó mucho limpiar tus heridas. Ya no hay alcohol y no voy a correr el riesgo de ir otra vez a la farmacia. Seguro andan preguntando por vos o por mí —dijo ella sin voltearlo a ver, más bien haciendo un movimiento para darle la espalda y no ofrecer el perfil como hasta ahora—. Ya no estás sangrando, aprovecharé para descansar —aconsejó todavía.

—No creo que pregunten nada a nadie, me tienen miedo —respondió el otro y se desabotonó la camisa desgarrada y rota. Varios tatuajes le cubrían parte de la garganta, el pecho y los brazos.

Un arma corta descansaba sobre un pequeño banco al lado de la cama. Se trataba de una pistola con el cargador apenas metido en la culata nacarada y percutida.

Un ruido de agua llegaba hasta ellos. Ya no era el ruido de la lluvia cansina que había golpeteado el techo toda esa madrugada, sino el de un chorro próximo estrellándose contra los fondos de cubetas metálicas, de cántaros de barro o plástico que, por turnos, algunas mujeres del barrio se apresuraban a llenar para cumplir las tareas del desayuno.

El Coyote, siempre acostado, jaló un morral de cuero que estaba a su lado y sacó de éste unas pastillas que se llevó a la boca con sed, con gestos presurosos y torpes. La muchacha lo volteó a ver, ofreciéndole una mirada de cólera y pena a la vez.

—Vos no parás —protestó la Canuca—; si hoy te ponés loco nos puede joder la policía, ¿entendés? —preguntó bajando la cabeza, inclinándola con brusquedad, pues sintió que un animal, una araña quizá, le recorría un muslo y la rodilla.

Sonrió con burla de su propio miedo después de haber hecho un movimiento rápido agitando los brazos para sacudirse algo que resultó inexistente. No había ningún animal recorriendo su pierna. Últimamente —y ella sabía por qué—, a veces imaginaba insectos que la molestaban, sabandijas que vagaban bajo su piel. La mujer se puso de pie, se sobó el vientre y empezó a limpiar una mesa. Deseaba dejar atrás esos momentos, que sucediera cualquier cosa y los sacara del marasmo en que estaban hundidos. Llevaban varios días sin salir de aquellos cuartuchos estrechos y, por instantes, el aburrimiento, la desesperación o la confusión los dominaban.

Pasaron varios minutos. Voces de transeúntes llegaban desde el exterior.

El hombre alcanzó una botella de agua que estaba sobre el taburete colocado junto al camastro a modo de mesa de noche. Bebió con premura incorporándose un poco y alzando mucho el rostro como si buscara algo en el techo, pero ese gesto sólo fue para poder beber sin dificultad y quitarse el mal sabor de las pastillas que acababa de tragar, pues las sintió amargas, pastosas en su garganta

y esófago, como animales pegajosos que se resistieran a caer en su estómago para ayudarlo a olvidar.

Por fin se derrumbó sobre el camastro otra vez. Sintió el propio sudor chorreando en gotas gruesas y calientes por su rostro, recorriéndole el cuello, llenándole los ojos hasta producirle ardor. Tenía un poco de fiebre aún.

Afuera la luz de la mañana seguía siendo gris. El sol de invierno se colaba por las rendijas de la puerta o ventanita y solapaba el ambiente. Los escuálidos rayos de luz tocaban apenas las cosas dotándolas de colores y texturas distintas. Los rincones, a su vez, borraban los objetos escondiéndolos en la penumbra, entre las extenuadas perspectivas del recinto. Iban a dar las siete de la mañana y un gallo volvió a cantar.

(¿Y si me encuentran? Me defendería como me defendí siempre. Me defendí de todos y de la soledad. Me defendí de mí mismo. Porque uno es lo que te dejan ser. Uno es un parche en el aire, un tiro en la sien. Su propia herencia y su propia sangre. Uno no es ninguno hasta que aprende a matar).

La noche anterior la Canuca puso frazadas, cartones o trapos sobre las puertas y ventanas a fin de ocultarse mejor pero, también, para atajar el frío que en las últimas madrugadas había sido punzante. Mientras el Coyote deliraba, un frío llegado de otras latitudes perforó cada pared hasta inundar el cuartucho. Ella, durante esas últimas noches, sentada junto a la cama, se quedaba dormida, aunque el herido siguiera alucinando un poco, moviendo apenas la cabeza o los brazos. El Coyote, a ratos, alucinaba bosques nevados iguales a aquellos que recordaba de los alrededores de Nueva York. Fantaseaba barcos que se convertían en naves voladoras, máquinas que crecían hasta volverse gigantes, o si no —como durante casi toda esa madrugada— miraba figuras extrañas que jugueteaban en el techo y de las cuales salía una música hecha de golpes y estruendos. Después, menos agitado, en el rostro del joven se dibujaba una mueca que buscaba ser sonrisa y ella conocía bien porque la había observado varias veces. Sucedió cuando el delirio pasaba. Lentamente, entonces, él iba aflojando los puños y su semblante adquiría una expresión relajada y ausente. Al final, su mirada se adhería a las sombras o a los muebles del lugar para quedarse así, con los ojos semiabiertos, fijos en un punto indefinido, respirando despacio, pero sangrando todavía un poco por las heridas. Dormía con fiebre y drogado.

El hombre de tez blanca y lentes oscuros conducía despacio esquivando con dificultad los baches de las calles. Acababa de llover. Iban a dar las once de la mañana y el sol despuntaba a plenitud por primera vez en el día. Salía entre los techos de las casas, entre las montañas y cerros lejanos.

—Tiene que ser por aquí —aseguró el individuo de lentes oscuros y avanzada calvicie a su acompañante, quien dormitaba con un sombrero sobre el rostro, la cabeza doblada hacia un lado, apoyada cansadamente sobre el vidrio manchado de la ventanilla.

El otro despertó, se colocó bien el sombrero de tela café, se incorporó un poco en el asiento y, al terminar de bostezar con desgano, dijo:

—Catorce Calle y Octava Avenida, creo. Estamos cerca. Será mejor caminar.

Se restregó la cara desperezándose y miró por la ventanilla. Tenía la piel bronceada, un rostro agradable, pero tenso, signado por un par de pequeñas cicatrices.

—¿Es un barrio antiguo? —preguntó el que manejaba; su acento extranjero era muy marcado y evidente.

El otro pareció no escucharlo.

El vehículo, un desvencijado Land Rover de color índigo, se detuvo frente a un predio vacío. Los dos hombres se apearon al mismo tiempo. Vestían ropas arrugadas y un tanto sucias. Unos niños, ventrudos y descalzos, jugaban cerca haciendo un escándalo en el que algún llanto se mezclaba con risas o gritos de diversión. Aquello era una algarabía a la cual se sumaba la música chillona que una radio pequeña esparcía desde la ventana abierta de un segundo piso.

Los recién llegados estaban ahora en una calle estrecha y un poco empinada. Veían frente a ellos una sucesión irregular de casuchas hechas de distintos materiales: adobe, bloque, ladrillo y hasta algunas de madera o láminas superpuestas. La mayoría de viviendas eran de una sola planta y ninguna mostraba